BIBLIOTECA DE LOS ANDES

972
M26Wt

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS

T A R A C E N A

Francisco I. Madero
Y LA VERDAD

M C M X X X I I I

Return this book on or before the
Latest Date stamped below.

University of Illinois Library

JAN 26 1960

L161—H41

Francisco I. Madero y la Verdad

972
M26Wt

27 Dec. 39 9M4

Un día escribió el Lic. Victoriano Salado Alvarez un artículo virulento contra Don Francisco I. Madero, atribuyéndole el cargo de haber ordenado un "mátalos en caliente" cuando el Gral. Joaquín Beltrán tomó prisionero al Gral. Félix Díaz y demás sublevados en el puerto de Veracruz. Yo, que aunque fuí maderista en un principio, dejé de serlo al ver cómo se contemporizaba con el enemigo y continuaba todo igual, me indigné ante la calumnia y publiqué en la página editorial de "Excélsior" de la ciudad de México el siguiente artículo que titulé "LA EXCELSITUD DE MADERO ESTA FUERA DE DISCUSION":

"El caso de Félix Díaz - escribe Don Manuel Calero, enemigo del maderismo - es también típico de la nobleza de alma de Madero. ¿A quién habría sorprendido la ejecución del general rebelde? En el consenso nacional radica el principio de que un Presidente que no mata en casos como éste, es un Presidente perdido; pero Madero era incapaz de cometer un asesinato. Tuvo en las manos

1063949

al general Reyes, rebelado, y no lo mató. Tuvo a Pablo Lavín, rico hacendado de Torreón, antiguo revolucionario maderista y después rebelado contra el Gobierno, y tampoco lo mató. Tuvo a Félix Díaz y lo dejó escapar del patíbulo. Se ha dicho a propósito de este último suceso, que fueron el juez de Distrito y la Suprema Corte de Justicia quienes salvaron la vida de Díaz, y el hecho es cierto; mas también lo es que si Madero no hubiera sentido incoercible repugnancia por sacrificar la vida de un hombre, no habría dado lugar a que los tribunales ejercieran su función salvadora. Un "mátalos en caliente" habría hecho sucumbir a Félix Díaz y a sus principales cómplices. Madero dejó que los jueces le arrebataran su presa y se alegró de ello, sin prever, ¡ay! lo que poco después habría de dársele en pago de este acto de magnanimidad y de respeto a la ley."

Tampoco previó el señor Madero lo que años después dirían algunos porfiristas amargados, como el Lic. Victoriano Salado Alvarez, a propósito de este rasgo de bondad, tergiversándolo con venenosa perfidia y utilizándolo como arma en el afán de rebuscarle defectos que no logran encontrar.

Basándose en que Garmendia, ayudante de Madero, fue a decir a Veracruz que "en Palacio se había visto mal" el que no se fusilara por lo menos a Félix Díaz, urde el señor Salado Alvarez un turbio artículo para probar la ferocidad de aquel hombre bueno que vino a evitar que continuaran de rodillas las gentes de aquel tiempo ante un fetiche trágico. Pero es que saben profundizar en los acontecimientos seculares y no comprenden la época en que vivimos. Es verdad que en Palacio se veía mal aquello, pero el Palacio no era sólo el señor Madero. Quienes se irritaban de que Félix Díaz no hubiera lavado

con su sangre los asesinatos ordenados por el dictador años atrás, eran los revolucionarios radicales que creían que la muerte de Félix Díaz era de importancia definitiva en tales instantes y que hasta sugirieron al señor Madero cortar las líneas telegráficas para que el despacho del Tribunal Supremo no llegara a tiempo a Veracruz y se ejecutara la sentencia. Aconsejaban que luego se propalara la versión de que una banda zapatista había interrumpido las comunicaciones. Mas el señor Madero, escribe el Lic. Vasconcelos, contestaba que antes de manchar su gobierno con un asesinato, prefería dimitir.

"El Apóstol - expresa el excelente Márquez Sterling - repugna esa apelación claudicante al "porfirismo" y aboga por los fueros de la justicia...Y aquí se impone lo que hay en Madero de admirable: su entereza moral, porque, al revés del gobernante al uso, el poder no ha nublado su tendencia al bien, cada segundo más límpido su espíritu cristalino...El Ministro de Gobierno, don Jesús Flores Magón, opina de igual modo que Madero, y a los jueces, en Veracruz, llegó el telegrama, y Félix Díaz salió de la capilla para un calabozo de San Juán de Ulúa."

Lo de las ofensas a las damas que fueron a pedir a Madero la vida de Félix Díaz, es otra calumnia. He aquí la verdad: Una comitiva de señoras aristócratas entrevistó con aquel objeto al Presidente, quien les explicó que él no era más que el ejecutor de la ley, y que tan indigno sería de él el perdón como la venganza; que él no había aconsejado a Félix Díaz que se alzara en armas apartando de la obediencia a dos batallones, y tampoco lo había condenado a muerte por su deslealtad y rebeldía. "Una coincidencia providencial - agregó - hace que un Consejo de Guerra condene a muerte a Félix Díaz en el mismo lugar donde inicuamente fueron asesinados tántos infe-

lices por orden del ex dictador. Esos individuos tenían madres, esposas e hijos y nadie imploró por ellos misericordia, y se les vió fusilar fríamente, con suprema indiferencia. ¿Y cuál fue su crimen? Amar a México y anhelar su libertad. También los soldados leales que acaban de caer en Veracruz en defensa de las instituciones tenían madres, esposas e hijos, y Félix Díaz fue la causa de su muerte. Yo no soy vengativo. Creo haber dado pruebas de lo contrario...

Estas hermosas frases fueron las que ocasionaron que aquellas santas señoras saliesen a decir que Madero las había ofendido, para que ahora Don Victoriano Salado Alvarez les haga coro y nos recomiende que para probar su dicho consultemos, no los centenares de libros y folletos que hay escritos sobre la Revolución, sino nada menos que la prensa infame de aquel entonces, llena de falsedades y veneno, escudada en la benignidad del régimen maderista.

Un connotado amigo de Madero me hacía notar ha poco cómo el destino ha sabido castigar a esta gente, como diciendo: No querían a Madero ¿verdad? pues esperen! Y han llovido gobernantes plenos de radicalismos que han sabido adoptar tal actitud con el enemigo, que lo ha obligado ya a decir cuán mal hizo en no haber prestado su apoyo al maderismo. Mas no han faltado obcecados que, no atreviéndose a buscar sobre quién aventar su odio a la Revolución, se ensañan con la noble figura de Madero, inútilmente.

Inútilmente, porque el nombre del Apóstol es cantado ya por las juventudes, aún en la América del Sur, de donde veo periódicos en los que lo colocan al lado de Bolívar. Un hombre extraño a la política y con mayor talento que Don Victoriano (me refiero al maestro Antonio

Caso) ha llamado al héroe "San Francisco I. Madero." Y esto a pesar de todo lo que se ridiculizó, se befó y se calumnió al señor Madero por toda la prensa y por todos los porfiristas, en todos los tonos y en todos los idiomas.

La soberbia proverbial de Don Victoriano Salado Alvarez, que no perdonaba jamás se le contradijese, y menos ahora en que se evidenciaba que con él no estaba la justicia, se magnificó al comenzar el artículo anterior a levantar polvareda. Terció, en efecto, el Lic. Pedro Lascurain en favor de Madero, y hasta un señor Octavio Guzmán echó su cuarto a espadas, si bien éste se concretó a comentar con ironía lo del talento del maestro Caso, sólo para volver a verse incluído en la lista que dió de los periodistas de talento, hecha por un su amigo, entiendo que Jorge Useta. Asimismo, dicen que otro señor Guiza y Acevedo, en Los Angeles, Cal., tuvo margen para esgrimir su reaccionarismo inconcebible a los treinta años y que tántas antipatías le ha conquistado; pero de éste no me dí cuenta. Insistió Don Victoriano sobre la existencia de los telegramas de Madero al Gral. Beltrán, después de soltar dos o tres frases despectivas contra mí, aludiendo a mi humilde y en mi concepto por ello honrosa posición en el periodismo, tal y como si esto tuviera algo qué ver con la historia. A mi vez, repliqué, también en la página editorial de "Excelsior", con este otro artículo titulado "LAS DELEZNABLES IMPUTACIONES A MADERO":

En el verdadero periodismo moderno, antes de lanzar un cargo que oscurezca el honor de una persona, es costumbre salir a indagar con las gentes mejor enteradas, revolver documentos, inquirir entre amigos y enemigos hasta poseer el convencimiento pleno de que hay razón para acusar. Tengo para mí que no es de justicia hacer que un nombre pase manchado a la historia, tan só-

lo glosando un recorte de un libelo o recogiendo una versión sin pruebas desde la cómoda butaca de una biblioteca particular.

Deseoso de apartarme de las prácticas periodísticas pasadas de moda, he acudido a personas que directamente actuaron en los sucesos de Veracruz durante el torpe pronunciamiento del Gral. Félix Díaz, como el Gral. Joaquín Beltrán, que, como sabe la República, fue quien tomó prisionero al rebelde formándole Consejo de Guerra. Y fue por conducto del Gral. Beltrán como logré ser de los poquísimos que han leído los telegramas del señor Madero que el Lic. Salado Alvarez desconoce en lo absoluto pues sólo se refiere a ellos interpretando mal algo que ha oído decir, lo que poco lo recomienda como historiador.

Y bien: después de estudiar esos telegramas, que no me es dado transcribir por haberlos tenido en mis manos confidencialmente, estoy en aptitud de afirmar que jamás el señor Madero ordenó al Gral. Beltrán, como expresa el Lic. Salado Alvarez, que violara la ley y procediera a las ejecuciones. El propio Gral. Beltrán, a pesar de sus resentimientos con el maderismo, me formuló esta frase terminante y solemnemente:

—Todo lo que me ordenó el señor Madero, estaba dentro de la Ley.

El Lic. Salado Alvarez opina que este asunto va haciéndose enojoso y cansado, pero él no se cansa de dejar caer y repetir su acusación apoyado en documentos que desconoce y que no podrá nunca publicar.

El mismo impugnador del señor Madero trae a cuento ciertas declaraciones hechas en París al señor Carlos Serrano por el Lic. Ignacio Gutiérrez Zamora, y que, en rigor, nada tienen qué ver con el contenido de los telegramas al Gral. Beltrán, a no ser el tratar de manchar

la reputación de este pundonoroso militar. Ignora el Lic. Salado Alvarez que ya el Gral. Beltrán pulverizó esas declaraciones con una carta suya publicada en "El Universal" el año próximo pasado. "Si algo me perjudicó en la toma de Veracruz - decía - fue mi más severa aplicación de las leyes de la guerra en todo lo que tienen de caballerosas entre la gente decente, y una exagerada moderación en no marcar con toda oportunidad un "hasta aquí" a las canalladas de que se me hizo objeto para hacer aparecer mintiendo descaradamente (y a mi costa) como a un Santo Niño Cautivo al caudillejo de Veracruz...Ignoro si en un asunto de tánta trascendencia habría descendido un señor Juez de Distrito, al apersonárseme para evitar el que no quedara en la impunidad el que yo ni siquiera recibiera los oficios que se me mandaban. Y creo que si se mandaron oficios que fueron motivo de tales trámites, debe haber alguna constancia a tal respecto. Protesto que de la Corte Suprema de Justicia de la Nación no recibí oficio alguno..."

Todavía más: el Lic. Salado Alvarez no desaprovecha la oportunidad para denigrar al señor Madero, con una falta de serenidad y comedimiento peor de la que dice usan algunos pobres diablos de pseudo periodistas; y así, después de convenir ya en que Madero era un hombre bueno, y, por ende, impropio para Presidente de una república hispanoamericana (como si aquel otro inmaculado, Sarmiento, hubiese sido un fracaso) expresa que sobre Madero pesa la acusación de haber ordenado el fusilamiento del Gral. Gregorio Ruiz, a pesar de que era diputado. Y aunque agrega que bien pudo haber sido Don Gustavo Madero el que diera la orden, cuida de olvidar que el Gral. Victoriano Huerta, temeroso de que el prisionero delatase ciertas pláticas con Félix Díaz, ordenó

al Capitán Federico Montes que con un pelotón del 11º Regimiento procediese en el acto a la ejecución. Huerta tenía en aquellos momentos amplias facultades en materia militar, y el señor Madero enviaba a todos cuantos le trataban de tales asuntos, a que se entendieran con el trágico Comandante de la Plaza.

Iracundo Don Victoriano, llegaba al "Excélsior" tremolando sus guantes que parecían manojos de plátanos y pidiendo le hicieran favor de decirle quién era yo. Lo ilustraban de que era de pequeña estatura pero docto en ju-jitzu. "Yo no entiendo esta política del Director - exclamaba. - A mí el periódico me paga porque lo hago bien ¿no es eso? Entonces ¿por qué se permite que venga otro a decir que lo hago mal?" Hablaba también de que éstos eran gajes del oficio, porque de repente salía un Don Petates poniéndolos cual no digan dueñas. Escribió una carta abierta a un su discípulo de Los Angeles, Cal., regañándolo porque alardeaba de tener treinta años, y en ella aprovechaba Don Victoriano la ocasión para zaherir una seccioncilla que hago en "Excélsior." Publicó, a propósito de las memorias del Lic. Rodolfo Reyes que aparecieron por esos días, otro artículo malévolo atribuyendo al señor Madero unos supuestos fusilamientos de Aspirantes prisioneros cuando comenzó la Decena Trágica, y la muerte de los oficiales Riveroll e Izquierdo al ir éstos a aprehenderlo. Yo cesé de reír y repliqué, igualmente en la página editorial de "Excélsior," con estas "OTRAS INJUSTAS IMPUTACIONES A MADERO":

Haciéndome eco de las nuevas generaciones hispanoamericanas ansiosas de luz, que tienen ya a Madero entre los Libertadores, al lado de Bolívar, excito al Lic. Victoriano Salado Alvarez a que exponga la documentación que lo induce a firmar las acusaciones que publica en un periódico de San Antonio, Texas.

Así como los impugnadores del señor Madero, sin

escuchar razones ni presentar pruebas, no cejan en su empeño de exponerlo ante propios y extraños como un hombre con las manos tintas en sangre y poseído de los más torvos instintos, yo continuaré exhibiéndolo tal y como es: un hombre bueno que significó en nuestro medio un paso hacia adelante en la emancipación de los caudillos y del gobierno de la espada.

El Lic. Salado Alvarez esgrime su rencor sin exponer el menor razonamiento ni la más elemental documentación, como si sus palabras fueran, cual las bíblicas, verdades indestructibles.

Escribe, en efecto, que en otra parte ha dicho que "la muerte de Riveroll, de Gregorio Ruiz y de los aspirantes de la Escuela Militar, desdecía del humanitarismo de Madero y de la supuesta no resistencia al mal que se supone era su norma." Aparte de lo bien construído y acabado de la frase, me extrañó lo terminante de la acusación, y creyendo encontrar las pruebas en el otro artículo anterior a que el docto historiador se refiere, indagué para hallarme con otras cinco líneas semejantes y también sin documentación alguna.

Afortunadamente, un honesto testigo presencial de los sucesos a que se alude, el Lic. Federico González Garza, escribió ha tiempos este relato:

"Antes de que Riveroll pudiera dar a los soldados, cuyas armas estaban ya dirigidas a nosotros, la terrible orden de hacer fuego, advierto yo en un bravo ayudante, Gustavo Garmendia, que se hallaba inmediatamente delante de mí, un vivo movimiento del brazo derecho, veo brillar en sus manos el pavonado cañón de una pistola, lo dirige inmediatamente en dirección de la sien izquierda de Riveroll, se escucha una tremenda detonación y el infidente militar recibe su castigo, desplomándose en

tierra con el cráneo atravesado por la certera bala de un leal.'' Y luego de describir la continuación de la tragedia, asienta: ''Sobre un charco de sangre yacían juntos los cadáveres de Riveroll y Marcos Hernández, y en el extremo opuesto, el del mayor Izquierdo, segundo jefe del pelotón, que también encontró la muerte en manos de otro leal ayudante (el señor Federico Montes), y sobre aquella escena de horror, se destacaba, como producto de milagrosas contingencias, la serena y noble figura del señor Presidente, que con los brazos abiertos en cruz, como un nuevo Cristo sobre la tempestad, avanzaba majestuosamente de cara al peligro, hacia los soldados, a quienes les decía: ''¡Calma, muchachos, no tiren!''

El señor Márquez Sterling y la señora de Madero, en la Habana, dan la misma versión. El antimaderista señor Calero escribe textualmente que ''los ayudantes del Estado Mayor Presidencial, en legítima defensa de su jefe, quitaron la vida a los oficiales a quienes Blanquet comisionó para aprehender al Presidente.'' Por último, hasta el Lic. Ramón Prida, en su libro ''De la Dictadura a la Anarquía,'' manifiesta que ''el capitán Garmendia inmediatamente disparó su pistola sobre Jiménez Riveroll, (el historiador Prida los convierte en hermanos siameses,) diciendo: ''Al Presidente nadie lo toca.''

Después de ésto, Don Victoriano sólo podría escudarse con un folleto de escándalo hecho precipitadamente y respirando odio contra el maderismo, por el señor Carlos Ortiz y otro periodista metropolitano que dan como un hecho la versión calumniosa recogida al vuelo y sin detenerse a comprobarla, al estilo del sereno historiador Salado Alvarez.

Por lo que hace al fusilamiento del Gral. Ruiz, ya el Lic. Sánchez Azcona se encarga de demostrar la verdad

de los hechos. Y en cuanto a la ejecución de los Aspirantes, acusación de la que asimismo se hace, sin pruebas, solidario el Lic. Salado Alvarez, he aquí lo que declara el Gral. Juan Manuel Torrea, Jefe de Día nombrado por el Comandante Militar en aquella decena memorable:

"Se ha dicho una gran mentira, que el 8 de febrero de 1913, o durante la "Decena Trágica" se fusiló a algunos de los aspirantes que fueron hechos prisioneros en el Palacio Nacional...A los aspirantes, una vez que fueron hechos prisioneros, se les internó en las cocheras del Palacio...En uno de los párrafos de un oficio que conservo en copia, dice el general Comandante Militar, Lauro Villar: "Los prisioneros, general Ruiz, del 2º batallón y de la Escuela de Aspirantes, eran acreedores a severo castigo en el acto, pero recordando lo ordenado en el artículo 1,388, de la Ordenanza General del Ejército, fueron considerados sin recibir ningún mal trato. También tomé en consideración la corta edad y la inexperiencia de los alumnos de la Escuela de Aspirantes." Jefe de Día, el 9, y después alternando en ese servicio en dos ocasiones con el mayor Marciano Mora Quirarte, visitamos varias veces el antiguo local destinado a batería de artillería en el Palacio Nacional, donde ya estaban recluídos los aspirantes, y al detenernos ahí, cruzamos algunas frases, y varias veces, con un aspirante, cuyo nombre no recuerdo, y quien desde los primeros momentos se agregó al general Comandante Militar. Nunca tuvimos conocimiento, ni el mayor Mora Quirarte, ni el suscrito, que se hubiera fusilado a aspirante alguno y es bien sabido que por la comisión que desempeñábamos deberíamos haber tenido conocimiento de tal hecho."

De sobra conozco la enemiga de Don Victoriano hacia el maderismo, pero su decoro le exigirá confesar que

nuevamente se ha apartado de las normas del verdadero historiador y ha recogido de la calle, a sabiendas, las ligeras afirmaciones de las gentes turbias.

Esgrimiendo desde las primeras palabras la mentira, el ponderado, el justo, el profundo historiador (como llamaran más tarde a Don Victoriano, al bordo de su tumba, sus panegiristas) respondió con la serie de frases más jesuíticas, venenosas y despectivas que he escuchado en mi vida. Perdidos los estribos totalmente, el hombre se propuso, antes que probar sus afirmaciones, herir mi vanidad que supuso, como la de él, desmesurada. Yo, dándole una lección de serenidad a pesar de contar con la mitad de sus años, repuse con "EL PASO TRIUNFADOR DE LA VERDAD" que va a continuación:

Es un triunfo para la limpidez de la clara figura del señor Madero, el hecho de que el Lic. Salado Alvarez se lave prudentemente las manos y se aparte del camino ante el carro triunfador de la verdad. Luego de su serie de frases despectivas para mí, confiesa que su versión de la muerte de los oficiales Riveroll e Izquierdo y de los cadetes se la refirieron a varios miles de leguas del Pala-

cio Nacional, en Suramérica y Europa. Y aparte de que ésta no es una razón para un historiador verdadero, afirma Don Victoriano otra gran mentira: la de que las pruebas que se le piden están en los artículos que escribió comentando las memorias del Lic. Rodolfo Reyes, y que él sólo expuso, para refutarlos, argumentos ajenos.

Nada más falso. En todos los escritos del Lic. Salado Alvarez, sus acusaciones contra Madero están dichas de paso, en cinco líneas, sin documentación de ninguna especie, como axiomas que no necesitan demostración y sin advertir a los lectores, ni por asomos, que se trata de ideas expuestas por otro. Don Victoriano dice terminantemente que Madero carecía "de la supuesta resistencia al mal que se le suponía" frase ésta muy mal expresada y peor verificada. Y agrega a continuación, también escueta y rotundamente, que Madero "habría hecho lo que hizo cuando lo tomó la guardia del 29º Batallón, que se mandó para ponerle encima las manos,...habría recibido a tiros al que quisiera ponerlo a buen recaudo, y se habría producido una escena semejante a la que sobrevino en el salón de Palacio cuando intentó aprehenderlo Jiménez-Riveroll."

No contento con tánta frescura, asienta otra falsedad, al explicar que sus tales artículos los escribió hace tiempo, siendo así que apenas acaba de aparecer el libro que refuta. Don Victoriano, pues, esgrime la mentira con sin igual pericia, no sólo en sucesos lejanos sino hasta en los presentes.

Y digo yo: Si la versión calumniosa se la dieron hace 16 años en Europa y la América del Sur, ¿no tuvo tiempo el historiador Salado Alvarez de pesarla con otras de amigos y enemigos del señor Madero, antes de acogerla y proclamarla como una verdad reconocida?

Pero descuide el Lic. Salado Alvarez: no busco elevarme a las vertiginosas alturas de ser su contendor ni su amigo. Lo primero, porque él sí es polemista que no admite réplicas. Y lo segundo, porque veo cómo tuerce la verdad para aparecer olímpico. Además, yo comencé a escribir en serio, no hace unas semanas como él pretende, sino hace escasamente dos o tres años, y aunque mis libros son ya solicitados de las Universidades norteamericanas, de Alemania y de las librerías del Perú, de Chile y de Venezuela, cosa que puede comprobarse en las principales librerías mexicanas, y lo que dudo suceda con el suyo titulado "De Santa Anna a la Reforma," no es mi firma la de un Tácito, ni la de un Suetonio, ni la de un Plutarco, ni la de ninguno de esos con quienes está acostumbrado a medirse el Lic. Salado Alvarez.

Conocedor de su pasión y de su ligereza como historiador, lo excité sólo a presentar, no a mí, sino al público, los documentos en que basaba sus invectivas. Ahora vuelve a torcer la verdad al asentar que se desprecia el dicho del ex general Quiroz porque éste es huertista. Yo no he escrito jamás eso, sino que esa versión ha sido ya pulverizada oportunamente por mi ilustre amigo el señor Lic. Sánchez Azcona. El ex general Quiroz, por otra parte, da como prueba toral alrededor de la cual hace girar todos sus argumentos, una versión que el verídico general Huerta dió a Blanquet para inducir a éste a la traición. Don Alfredo Alvarez, testigo ocular de los acontecimientos, me ha revelado, refiriéndose a las palabras de Huerta, que lo único cierto fue que el entonces Capitán Federico Montes interrogó al señor Madero qué se hacía con el Gral. Gregorio Ruiz, y que el Presidente le replicó que esas eran cosas que incumbían al Gral. Huerta y que fuera allá con él. Vive el hoy Gral. Federico Montes

y él puede confirmar lo anterior, cosa a la que respetuosamente se le excita para el esclarecimiento total de este episodio.

Rehuso, finalmente, a defenderme de los tristes conceptos en que me tiene el Lic. Salado Alvarez. No estoy yo a discusión sino el señor Madero. Si mis palabras han sido feas y descomedidas, cúlpese a las frases descomedidas y feas que contra el inmaculado ex Presidente emplea el propio Lic. Salado Alvarez.

Don Victoriano se vió obligado a confesar en "Revista de Revistas" de 16 de noviembre de 1930, que Madero era un hombre puro. Pero bastó que se encontrara no sé dónde un cajón repleto de papeles viejos, para que, deseoso de ser más afortunado hallándole nuevas lacras, ya apoyado en documentos fehacientes, diera a conocer una acusación contra Madero por un robo de guayule, con tan mala suerte, que el tal papel resultó un anónimo. Yo lo comenté de esta guisa en "LA RIDICULA ACUSACION POR EL GUAYULE:"

Don Victoriano Salado Alvarez acaba de escribir que muchísimas gentes hablan, y que él mismo ha hablado, de la acusación contra el señor Madero por un robo de guayule. Debo advertir, una vez más, que no busco ser adversario sistemático del Lic. Salado Alvarez, ni mucho menos ansío, como él y otros piensan quizá, que me dé una beligerancia que ya he obtenido de hombres de la ta-

lla de José Vasconcelos. Puede estar cierto don Victoriano de que yo la de él la rehuso y no la necesito, y de que al salir a la defensa del señor Madero lo hago porque así lo creo de justicia y nada más.

El Lic. Salado Alvarez exhuma un papel que reproduce en su totalidad, a pesar de carecer de firma y de fecha. Se trata, pues, de un anónimo que el Lic. Salado Alvarez recoge triunfalmente para comentarlo y lograr que el señor Madero, una vez fracasado el intento de presentarlo con las manos rojas de sangre, aparezca con las manos manchadas de hurtos.

La acusación por el guayule fue de tal manera torpe, que además de que se la olvidó por burda, todavía ahora historiadores serenos y enemigos del señor Madero la califican de "procedimiento inicuo" y de calumnia. Así, don Ricardo García Granados dice a este respecto:

"No precisamente con el tacto y firmeza que tanto elogiaba Bulnes en el Dictador, aún en apariencia potente, sino apelando al mismo inicuo procedimiento que se había observado en el caso reciente del licenciado J. López Portillo y Rojas, se quiso nulificar al ya peligroso Madero, por medio de una calumnia. Se le acusó, en efecto, de haber sido cómplice en un robo de guayule... Después el gobierno ya no se atrevió a seguir adelante con su indigno propósito..."

Como estas apreciaciones, abundan otras, todas adversas para la trama ridícula, y hasta fue en aquella época público y notorio que el señor Ortega, hacendado que había venido a menos, cargado de hijos y urgido de dineros, recibió por su acusación la suma de doce mil pesos, de lo que él se gloriaba, según me relatara ha poco un amigo de su intimidad.

Es curioso observar que lo único que logran los de-

tractores del señor Madero, es realzarlo cada vez más. El Lic. Rodolfo Reyes, ya en plena derrota en el sostenimiento de la versión de los fusilamientos de los Aspirantes, recurre al brillante argumento de preguntar "si no es cierto que corrió siempre como una realidad la ejecución de los cadetes," y al no menos ingenuo recurso de citar un reportazgo de un periódico mexicano en el que, como siempre, ligeramente y sin pruebas, se dice lo que él afirmaba en un principio, para dudar ahora y honradamente reconocerlo así.

El Lic. Salado Alvarez se ha visto obligado también a reconocer en "Revista de Revistas," que el señor Madero "es un hombre digno de respeto: bueno, noble, honrado, de limpias intenciones, leal, puro," todo después de haber afirmado en anteriores artículos que era asesino, sanguinario e incapaz de resistir al mal. Pero ahora Don Victoriano vuelve a desdecirse con una inconsistencia que casi me induce a no tomarlo más en serio como historiador.

Íbamos a enterrar a un miembro de la redacción de "Excélsior." Don Victoriano observó que, por supuesto, iríamos todos en el cortejo e interrogó quién era yo. Le señalaron a otro, o él, equivocadamente, se situó a la vera del redactor de Estados, mirándolo de hito en hito con fiereza y blandiendo su bastón. El otro lo saludó preguntándole cómo le iba, a lo que Don Victoriano replicó que muy enojado por los artículos, y que lo que más le dolía era que lo llamara viejo.

—¡Quiera Dios que no llegue ud. a esta edad! - añadió.

Se le aclaró el error, pero yo andaba ya con el Lic. Fabela que, por viejos agravios, echaba encima de Don Victoriano rencorosísimas miradas, llamándolo entre dientes "Moro de tapete" y haciéndolo bajar la vista. Pero el Lic. Salado Alvarez tenía empeño en denigrar a Madero y tornó a cubrirlo de ironías pidiendo en otro artículo se le explicase en qué radicaba la gloria de ese heroecillo. Así lo hice en el siguiente trabajo que llamé "EL POR QUE DE LA GLORIA DE MADERO":

Una vez fracasado en su propósito de presentarlo como asesino y ladrón, el deturpador del señor Madero se revuelve contra él y trata de analizarlo desde el punto de vista en que la miopía de sus enemigos lo ha contemplado: desde su aspecto inofensivo e ingenuo.

Se le reprocha el que no haya sido un revolucionario a lo Emiliano Zapata, que apenas en los umbrales del

Distrito Federal, una noche de octubre de 1911, hizo pensar a los reaccionarios, castañeteantes las mandíbulas, en "el escarnio lúgubre del festín más horrendo y macabro" que hubiera presenciado nuestra historia. Lo zahieren porque no fue frío en las represalias, a lo Venustiano Carranza, quien los obligó a ocultarse como canes amedrentados. Lo ridiculizan porque no empuñó el látigo del Gral. Alvaro Obregón, cruzándoles las espaldas hasta hacerlos abdicar de su dignidad de hombres...

Yo había oído decir que los esclavos negros de las Antillas o de la Unión norteamericana, lamían la mano de sus verdugos cuando los vapuleaban; pero jamás en los anales de la degradación humana había leído que los siervos reprochasen a sus señores el que no los mantuviesen de rodillas. Y ahora veo con estupefacción cómo el Lic. Victoriano Salado Alvarez befa al señor Madero porque no envileció a nadie, porque no escarneció a los vencidos, porque no los despojó de sus riquezas, porque no los vilipendió...

¿Que por qué se le venera mejor que a los demás? Pues porque "vivió limpio y murió glorioso;" porque entre la podredumbre siempre supo practicar el bien; porque perdonó a sus enemigos; porque respetó la libertad y a nadie encarceló por venganza o por capricho; porque su administración fue de una moralidad ejemplar, y porque de no haberlo traicionado un ebrio, hubiera ido implantando, sin necesidad de derramarse sangre, las reformas sociales que México necesitaba.

El enemigo del señor Madero sostiene que no fué el iniciador de una revolución por otros llevada a cabo, y en esto se basa ahora para despojarlo de todo mérito. Mas he aquí que las estatuas al héroe se multiplican en el país y que la opinión pública ya ha colocado, a unos, en-

tre los primeros indiscutibles agitadores de un movimiento inevitable; a otros, entre los apóstoles que ofrendaron en el triunfo de una causa, no las cuotas de los demás, sino sus propias fortunas, y que expusieron, no las vidas de Santanón y del prójimo sino sus propias vidas; por último, en el tercer grupo la opinión ha situado de antemano, a los deturpadores de todos, entre aquellos mansos seres de la creación a los que el pensador genial consideró "cansados del porfirismo."

Por lo que hace a la maligna versión de que fueron los Estados Unidos los que dieron el triunfo al señor Madero, las razones que se aducen no pasan de conjeturas que no se compaginan con la lívida figura de Henry Lane Wilson. Y en cuanto a la suposición de que si durante el porfirismo se hubiera electo a Madero diputado al Congreso de la Unión, lo habrían expuesto en la picota del ridículo aniquilándolo a los primeros discursos, Carranza, si tal dijo, olvidó que el señor Madero, de haberlo deseado, habría sido algo más que diputado, y que, sin serlo, pronunció en el territorio de la República más de dos discursos que bastaron para provocar toda una conflagración nacional.

"Calumnia, que algo queda." Poco después de publicados los malévolos artículos de Don Victoriano, que, como los míos, fueron reproducidos todos en los Estados Unidos, apareció en Nueva York un libraco de escándalo, hecho por un señor Louis Stevens, sobre la personalidad de Francisco Villa. Entre una infinidad de errores, aparece Madero en pleno Castillo de Chapultepec "sentado como un Rey en un salón ocupado antes por el Archiduque austriaco." Y después de matar de un balazo a Riveroll, que comenzaba a rogar fervientemente que renunciaran Madero y el Vicepresidente "José Suárez", "Madero, el Redentor, se sentó más cómodamente en su silla, miró su revólver y lo tornó a colocar en la bolsa interior de su saco." Es la misma versión que el historiador Don Victoriano oyó decir a un esbirro de Blanquet a varios millares de leguas de distancia del Palacio, razón por la cual la dispersó a los cuatro vientos, sosteniéndola con su firma sin más averiguación tres lustros después. Así lo hice observar entre otras innúmeras rectificaciones que no vienen al caso en la índole de este libro, y que publiqué en "Excélsior" por esos días en que arreciaban las polémicas con el Lic. Rodolfo Reyes, a propósito de sus Memorias en que preferentemente se narran mal los sucesos de la Decena Trágica. En el acaloramiento de la discusión advertí una falsedad y la aclaré en la siguiente "DEFENSA DEL LIC. RODOLFO REYES":

Lejos de mí el ánimo de pretender despojar de toda culpa a los infidentes de la Ciudadela y a quienes resultaron mezclados en aquel cuartelazo ilegal e injusto. El Lic. Rodolfo Reyes, por otra parte, a pesar de que en sus Memorias se rebela contra la tendencia innoble de lanzar cargos sin la documentación necesaria, trata de denigrar también al señor Madero arrojándole la calumniosa im-

putación de haber ordenado el fusilamiento del Gral. Gregorio Ruiz y de los cadetes de la Escuela de Aspirantes, aunque, por fortuna, los propios enemigos del maderismo, que, por lo que se ve, ya aprendieron algo de lo que tánto se gloriaban dominar por haberlo vivido intensamente, se han encargado de hacer resplandecer toda la verdad en esta vez.

Pero uno de éstos, el Lic. Ramón Prida, poseído de un encono y de una agresividad increíbles en personas que debieran ya estar en las cumbres de la serenidad, deja caer sobre el Lic. Reyes un cargo de tal manera grave, que sería injusto callar. No es posible creer cómo porque el Lic. Reyes se niegue a mencionar en su libro al Lic. Prida, concretándose a llamarlo "un libelista," se caldee el ánimo en forma tan implacable que se descienda a alterar un documento y a restar seriedad a la Historia con toda premeditación.

Afirma el Lic. Prida que Francisco Cárdenas, el ejecutor material de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, al declarar, una vez preso en Guatemala, ante las autoridades de aquel país, dijo que la orden se la dió el Gral. Blanquet y que hizo se la repitiera el Ministro de la Guerra, Gral. Mondragón, quien la ratificó en presencia del Brigadier Félix Díaz y del Lic. Rodolfo Reyes, mas no conforme con eso, vió al Gral. Huerta, quien le manifestó que era acuerdo del Gabinete.

Lo cual dista mucho de la verdad, ateniéndonos a lo que de las declaraciones de Cárdenas se ha publicado. Según "El Paso Morning Times" del viernes 16 de junio de 1915, ellas rezan lo siguiente:

"Que el día 22 de febrero, cerca de la una de la tarde, se presentó en su hotel un ayudante de la Comandancia Militar, ordenándole se presentara inmediatamente

con el Gral. Blanquet...El Gral. Blanquet lo hizo pasar a su despacho y le dijo que el país necesitaba de un gran servicio de él y que era que matara al señor Madero... Que Blanquet pretendió convencerlo de que era un acuerdo del Consejo de Ministros y al efecto lo llevó al Ministerio de la Guerra donde estaban reunidos los señores generales M. Mondragón, Félix Díaz y don Cecilio Ocón. Que al llegar el Gral. Blanquet, se separó del grupo el Gral. Mondragón y, hablando unas palabras con el Comandante Militar y después dirigiéndose a él, le dijo: ««que para esos servicios sólo se puede nombrar a gente de toda confianza y usted sabe que son pocos aquellos en quienes se puede depositar una confianza absoluta.»» ...Que entonces Ocón dijo que no se trataba de un fusilamiento en forma, sino de simular un asalto a la escolta y que en la refriega murieran el señor Presidente Madero, el Vicepresidente Pino Suárez y el Gral. Angeles, pues los tres deberían ser trasladados al mismo tiempo. Que como él insistiera en que este caso en la capital no saldría bien, el Gral. Mondragón le dijo: ««No se haga de remilgos, que no ha de ser la primera vez que despache usted a un hombre.»» ««Sí, mi general, dice Cárdenas que le contestó, pero no de ese tamaño.»» ««Pues bastante chaparrito es»» replicó don Félix Díaz. Que Ocón dijo entonces que si él, Cárdenas, era rajón, pues desde el día dieciocho había dicho que si le daban la orden lo despacharía. Que el Gral. Mondragón, a pregunta del Gral. Blanquet, le aseguró que era acuerdo tomado por todo el gobierno. Que entonces le dió su conformidad; pero pensándolo bien, regresó a poco a la Comandancia Militar y dijo al Gral. Blanquet que, a la verdad, el caso era muy serio y que él deseaba hablar con el Presidente.'' Entonces fue cuando Huerta, dándole una copa de coñac en el

comedor de la Presidencia y tomándolo del brazo, lo llevó a un pasillo donde había un sillón de peluquería y le dijo que en Consejo de Ministros se había tomado aquella resolución en bien de la Patria.

Como se ve, Cárdenas no hace aparecer en todo esto al Lic. Rodolfo Reyes, a quien el Lic. Prida confunde deliberadamente con Cecilio Ocón, en su deseo de hacer víctima a su enemigo de su ira desatentada.

A raíz de este artículo, el Dr. Samuel E. de los Monteros escribió otro reproduciendo parte del mío y expresando que yo, si fuera exageradamente parcial, lo sería del lado del maderismo, a juzgar por mis "prudentes artículos." Elogió mi "cautela y mesura" y sostuvo que las declaraciones de Francisco Cárdenas no eran auténticas. A la vez, el alumno de la Escuela Libre de Derecho Juán César Becerra, a quien como al Dr. Espinosa de los Monteros no tengo el honor de conocer, escribió una carta al Director de "Excélsior," donde se publicó, manifestando desde las primeras líneas que no podía ocultar la magnífica impresión que le causara mi artículo en defensa del Lic. Rodolfo Reyes. "Digo que me produjo una magnífica impresión - continuó - porque es de un revolucionario de corazón, sincero y leal. Su ameno artículo está impregnado de verdad y de justicia. ¡Así se juzga!" Por mi parte, en "LAS REVELACIONES DEL ASESINO DE MADERO" que transcribo a continuación, opiné cómo ellas no eran apócrifas:

Ni el austero don Ricardo García Granados, ni el excelente señor Márquez Sterling convienen con el culto Dr. Samuel E. de los Monteros en que sean apócrifas las declaraciones de Francisco Cárdenas, el asesino material del señor Madero.

Ambos autores las acogen sin reservas, el primero completándolas con testimonios y aclaraciones, y comen-

tándolas el segundo en lo relativo a la repartición que hace Cárdenas, en dosis iguales, de la responsabilidad entre Huerta y Félix Díaz.

Estas declaraciones de Cárdenas las publicó "La Nación," de la Habana, el 24 de abril de 1916, reproducidas de "El Constitucionalista," órgano oficial de Carranza, que las reprodujo también de "El Paso Morning Times."

El propio Lic. Prida hace un relato de los sucesos y manifiesta que los detalles fueron referidos por Cárdenas, personalmente, a un amigo de confianza; todos los puntos concuerdan perfectamente con las declaraciones oficiales de Cárdenas, que, por otra parte, son de tal manera vívidas y precisas, que no es posible creer que otro que no fuera el asesino pudiera confeccionarlas.

A mi entender, lo que sucede al menospreciar ese documento, es que es demasiado comprometedor ya que arroja un torrente de luz y hace que resulte irrisoria la defensa de Huerta por Moheno, Lozano y García Naranjo, sobre todo la hecha por Lozano, que ingenuamente afirma que no fue Huerta el que ordenó el asesinato porque el mismo usurpador le dijo que él no era el culpable. Como en las declaraciones aparecen Félix Díaz y Mondragón expresándose en forma demasiado elocuente, justo es que el probo Dr. de los Monteros abogue por sus amigos y que el Lic. Reyes, en su libro, las calle totalmente.

En su bello artículo, el Dr. Espinosa de los Monteros expresa que Madero ordenó el fusilamiento de Huerta y que esto es fácil de probar. Sería de desearse, pues nada hay más interesante para los historiadores. Y ya que el propio señor me cree parcial hacia el maderismo, confesaré que en esto sí está en lo cierto, porque entiendo que "los espíritus más justos y eminentes se asombrarán un día hasta el éxtasis, de la ideal perfección de Madero."

"Del culto y ponderado señor don Alfonso Taracena, al Lic. Ramón Prida, hay una distancia interplanetaria" - expresó el Dr. Samuel E. de los Monteros en un nuevo artículo suyo publicado en "Excélsior." "Son los dos extremos - prosiguió - : de la circunspección y un juicio equilibrado y pulido, al ciego y frenético apasionamiento, de una parcialidad retrospectiva y futurista.... Así, pues, si la forma de los sesudos escritos, de aportación y crítica histórica desapasionada del señor Taracena, es pulcra e impecable, mejor es su esencia, su espíritu, su sana intención que no tiene más objeto que el de aclarar y depurar versiones propaladas verbal y literariamente, para adulterar la verdad, con fines políticos, de partidaristas cegados por la pasión....Voy a referirme a las declaraciones del autor material del crimen, Francisco Cárdenas, y al método crítico empleado por el ilustrado señor Taracena, para desentrañar la verdad." Y luego de hacerlo honradamente, terminó: "Réstame tan sólo suplicar al respetable señor Taracena, que tan gentil y benévolo ha sido al impugnar tan serenamente mi artículo, tenga la amabilidad de darnos a conocer su opinión sobre lo que he expuesto, con ánimo desapasionado, y con la intención de contribuir, modestamente, al esclarecimiento de estos episodios históricos." Mi respuesta fue "EL SECRETO DEL LIC. PRIDA," que dice así:

Lamentábase don Carlos Díaz Dufoo en un artículo suyo titulado "El secreto de los muertos," de que quienes tienen en su vida un hecho revelador y recogen un sucedido trascendental y hondo o llevan a cuestas materiales históricos, se obstinen generalmente en callar.

Esta idea entraba en su espíritu una mañana en que el Lic. Emilio Rabasa le proponía que contaran algo de

lo que habían visto. El señor Díaz Dufoo le interrogó por qué no hablaba del misterio de Niagara Fall, y terminaba: "...Se fue sin decirlo, sin dejar nada escrito de su secreto, como antes se fueran don Agustín Rodríguez y don Luís Elguero. El secreto de esos hombres está enterrado con ellos en sus tumbas."

De paso advertiré que no es ningún misterio lo de Niagara Fall. En la "Labor Internacional de la Revolución Constitucionalista", obra voluminosa publicada por nuestra Secretaría de Relaciones, con demasiadas incongruencias y confusiones cronológicas debido a la debilidad mental del coleccionista que se enredaba a cada paso, se hace la historia detallada del asunto. Ernest Gruening lo complementa con datos tomados de los archivos oficiales de los Estados Unidos. Huerta y sus delegados hicieron un tristísimo papel - y de allí su silencio, - y en tanto Carranza, aunque señaló a los Lics. Luís Cabrera, José Vasconcelos y Fernando Iglesias Calderón para que lo representaran, negó al extranjero el derecho de inmiscuirse en asuntos puramente de la incumbencia de México y se rehusó a discutir o proponer nombres para Presidente Provisional, aunque éste fuese el mismo Carranza. En las claudicantes instrucciones enviadas a los delegados huertistas y publicadas por un rotativo norteamericano cuyo corresponsal en ésta, Gonzalo Espinosa, las obtuvo audazmente, está también mucho del misterio que intriga a don Carlos Díaz Dufoo.

Volviendo al secreto de los muertos, se me ocurre que ya que el Lic. Prida goza de la gloria de la vida, debiera dilucidar el caso que el Dr. de los Monteros casi ha iluminado con certera perspicacia. El Dr. de los Monteros acusa al Lic. Prida de haber confeccionado las declaraciones de Cárdenas publicadas en "El Paso Morning

Times'' del viernes 16 de julio de 1915, precisamente cuando el Lic. Prida era encargado o cosa así de la edición en castellano de ese periódico. No es de justicia que la historia se prive de conocer una verdad de esa trascendencia. El Lic. Prida tiene ante sí el ejemplo del Lic. García Naranjo, que acaba de confesar ser el autor de una carta apócrifa de Mondragón a Félix Díaz. Aparte de que, aclarando la verdad, el Lic. Prida se resarciría de la falta de haber suplantado en las declaraciones de Cárdenas a Cecilio Ocón con el Lic. Reyes, pues que si es él el autor del documento, está en su derecho al hacerle las enmiendas que le plazcan.

No terminaré sin antes rendir mi admiración a la lealtad purísima que emana del señor Dr. Espinosa de los Monteros hacia sus amigos y correligionarios caídos. Esa lealtad se revela hasta en la salvedad que hace de que si, a pesar de su crítica hábil y brillante, las declaraciones resultan auténticas, debe dárseles el mismo valor que a las de Hidalgo y Morelos, en las que nadie cree atribuyéndolas al dictado del fiscal.

Está en el ambiente que la lealtad, sobre todo en México, es virtud exótica, y es por ello que yo me inclino reverente donde la veo florecer.

Ha surgido un nuevo deturpador del señor Madero, el Lic. Antonio Díaz Soto y Gama, ex huertista según el Lic. José Vasconcelos y los zapatistas que investigaron la conducta del hoy líder agrario cuando, ya triunfante la revolución, caídas las plazas de Torreón y Zacatecas, fue a unirse a un núcleo revolucionario del Estado de Morelos. Cuentan que el Lic. Soto y Gama ha elegido su cátedra en la Escuela Nacional Preparatoria para inculcar en la juventud su desdén hacia Madero, en su opinión un burgués que no cumplió el Plan de San Luís, no porque lo mató un borracho, sino porque era latifundista. Naturalmente, el Lic. Soto y Gama, desdeñoso de un hombre que no hurtó ni mató, es ferviente admirador de torvas figuras sangrantes como los Generales Victoriano Huerta, Obregón y Zapata. Para justificar su actitud hacia Madero, el Lic. Soto y Gama ha aludido a ciertos sucesos que yo analizo en "EL MISTERIO DE LA CONFERENCIA EN CUAUTLA," publicado en "Excélsior" y que transcribo seguidamente:

Se pretende que el Lic. Antonio Díaz Soto y Gama ha aclarado el misterio de la conferencia celebrada entre Madero y Zapata en Cuautla, en agosto de 1911, y nada más alejado de la verdad.

Afirma el inquieto político que en los seis años que acompañó al caudillo suriano, escuchó de labios de éste lo que Madero le había propuesto a condición de que sus-

pendiera totalmente las hostilidades contra el gobierno de De la Barra. Mas si estas confidencias de Zapata son como las que hizo al propio Lic. Soto y Gama acerca de su entrevista con Villa en Xochimilco, cosa que he refutado en otra parte nada menos que con la versión taquigráfica de la conferencia, habremos de convenir en que, o el Jefe del Ejército Libertador del Sur mintió al Lic. Soto y Gama, o éste ha hecho un embrollo de sus recuerdos, como es frecuente entre testigos presenciales.

Me inclino por lo primero, sin embargo, impulsado por otro relato parecido que el señor S. M. Robles, que fungió algún tiempo como una especie de Secretario del "Jefe" en campaña, me hizo una ocasión. Robles y otros interrogaron a Zapata por qué no había "quebrado" a Madero cuando lo tuvo en sus manos en Cuautla; a lo que Zapata repuso más o menos con las mismas palabras que el Lic. Soto y Gama afirma que le oyó:

—Me llamaban bandido, y si mato a Madero, lo hubiera creído el pueblo, y por eso preferí continuar la Revolución.

Otra versión zapatista, la que da Antonio D. Melgarejo en "Los crímenes del zapatismo," difiere casi totalmente de las anteriores. Dice que, entre otras cosas que no vienen al caso, Madero expresó a Zapata:

—No hemos triunfado todavía...El gobierno interino del Lic. De la Barra es un gobierno de científicos... Lo más grave es que el Gral. Huerta quiere aniquilar tus huestes para quitar de mi lado a mis leales amigos y partidarios...En caso de que me quieran hacer una jugada y no salga yo Presidente, volvemos a la danza...Y nada de entregar las armas...Sólo entregas los fusiles más viejos...

Nada dice Melgarejo de la hacienda en Veracruz de

que habla el Lic. Soto y Gama como ofrecida por Madero a Zapata en Cuautla para que depusiera su actitud, lo que está en contradicción flagrante con la versión de que el maderismo deseaba que el zapatismo no se sometiera pues iba "a seguir la danza."

Mas veamos cómo dice Soto y Gama que discurría Zapata:

—Me dijo Madero también que no era posible proceder al reparto de tierras; pero como probablemente se dió cuenta de mi disgusto, me ofreció una hacienda en el Estado de Veracruz, diciéndome: "La mejor hacienda, general. Usted puede escoger desde luego, como también puede señalar las tierras que desee para sus amigos de mayor confianza."

Por lo pronto, los maderistas que nieguen esto deben comenzar por aducir el detalle de que el señor Madero siempre tuteó a Zapata. Por otra parte, el Gral. Gildardo Magaña alega que no fue en Cuautla donde se hizo la tentadora oferta del rancho, sino en la casa del Jefe de la Revolución, en la ciudad de México. Madero, narra, ofrecía a Zapata que las promesas a los campesinos se cumplirían, pero que tuviera calma y confianza y todo se arreglaría satisfactoriamente en su oportunidad.

—En atención a los servicios que has prestado a la Revolución, - dice Magaña que añadió Madero, - voy a procurar que se te gratifique convenientemente, de manera que te puedas comprar un buen rancho.

A lo que Zapata replicó que él no se había metido a la Revolución para hacerse hacendado. Y Madero, sonriente, concluyó: "No, Zapata, no te exaltes, entiéndeme lo que te quiero decir: que lo ofrecido se cumplirá y, además, a quienes han prestado valiosos servicios como tú y otros jefes, se les retribuirá debidamente..."

Este relato supera a los anteriores en que es de un testigo presencial, aparte de carecer del veneno que pone en el suyo el Lic. Soto y Gama. Las conferencias en Cuautla las hace girar el Gral. Magaña en torno de las alternativas del licenciamiento frustrado a la postre por las maquinaciones de Huerta.

Otro testigo ocular cuyo nombre ignoro, me dijo:

—Que no le cuenten. Sólo hablaron de que debía licenciarse a los zapatistas quedando una parte para formar un Cuerpo Rural del que Zapata sería Comandante.

A su vez, el Gral. Raúl Madero, que asimismo estuvo presente en la conferencia, explicó ha poco en un corrillo en el cual me encontraba yo, cómo se convino en Cuautla en que él quedara como Jefe de las Armas en Morelos y el Ing. Eduardo Hay como Gobernador, hasta que Huerta terminó con la paciencia de Zapata y se declaró en abierta rebeldía.

Don Alfredo Alvarez, ferviente maderista, estuvo también presente en las conferencias de Cuautla y dice que allí no se habló de ningún rancho, sino que Madero llegó con toda su buena fe a arreglar el conflicto, aparte de que mal se podía disponer del dinero de la nación para comprar la mejor hacienda veracruzana, si el enemigo en el Poder hostilizaba al maderismo en todo. Más tarde, siendo Madero Presidente, se tenía ya contratado un empréstito, según el señor Alvarez, para adquirir varias haciendas de Morelos y repartirlas entre los campesinos, lo que se frustró con la Decena Trágica. De esto hay documentos que pronto se conocerán.

Lejos, pues, de poder afirmarse que Soto y Gama ha aclarado el misterio de la conferencia en Cuautla, acerca de la cual sólo los zapatistas están en desacuerdo. De lo expuesto, el historiador imparcial extraerá la verdad.

Los artículos del señor Taracena en defensa de Madero, respondiendo a los ataques de eminentes escritores del antiguo régimen, causaron sensación y convencieron.

("El Universal Gráfico." Abril 11 de 1931.)

OPINIONES

Los libros de T... con... ya la historia d... ción y tendrán q... to de partida d... escriba sobre ell...

JOSÉ VAS...

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 039561581

—

Los principales nombres en uno de los dos grupos en que se divide la literatura mexicana - el que sin influencia francesa alguna adopta temas revolucionarios en un estilo vigoroso y sin afectación - son Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y Alfonso Taracena.

ANITA BRENNER.

—

Me parece excelente la costumbre de Taracena de tratar temas mexicanos vividos por él mismo o conocidos por él muy de cerca.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

—

Su diaria documentación, como un golpe rítmico de cincel, va labrando el torso histórico de Zapata con inolvidables caracteres.

ALFONSO REYES.

—

He leído "Bajo el Fuego de Helios" con el mayor placer y me permito felicitar a su autor, muy sinceramente, por su gran talento.

R. BLANCO-FOMBONA.

—

La cualidad esencial en Taracena reside en la observación fidelísima de lo cotidiano.

XAVIER VILLAURRUTIA.

—

Lo que me agrada más en el joven escritor mexicano Alfonso Taracena, es el impulso vivo con que sale su verdad desde lo hondo, el desdén de buen temple con que olvida el estilismo corriente, y la habilidad nerviosa con que traza un paisaje o una silueta, sin detenerse...

HUMBERTO TEJERA.

—

EDITORIAL
"BOLIVAR"
APARTADO POSTAL 1955
MEXICO, D. F.